

Jesus que solo queria
 Probar la fé de aquella alma,
 Le dice con dulce calma:
 «En paz te puedes volver.
 «Vé á tu casa, consolada,
 «Tu hija está sana: mas sabe,
 «Que es la fé la grande llave
 «Que puede todo vencer.»

Volvióse la Cananea
 Al Salvador bendiciendo,
 Y á todos iba diciendo:
 «¡Tuvo compasion de mí!
 «Porque es misericordioso,
 «Poderoso, bueno y sabio.....
 «¡Bendígate todo lábio
 «Jesus, Hijo de David!»

«Mira que tan grande y tan profundo
 «Que no existe otro en el mundo
 «Que se le pueda medir.»
 «Los cachorros de la manada
 «Las migajas de mi mesa.....
 «¡Valeme vuestra grandeza
 «Tenga compasion de mí!»

CAPITULO XVI.

LA TRANSFIGURACION.

Hállabase el Salvador en Cesarea, ciudad situada al Norte de Palestina, cerca de las altas montañas del Líbano. Habia visitado todas las aldeas, pueblos y villas que la circundaban y que se extendian hácia el nacimiento del rio Jordan. Este rio, mencionado tantas veces por los historiadores de nuestra Religion, merece ser visto con respeto, por ser una de las partes escojidas por el Señor para manifestar su poderío y su gloria.

Quando Josué, sucesor de Moises, abandonó el campo de Moab seguido de todo el pueblo de Israel, para hacer la conquista de la tierra de Canaan; hallábase este rio tan crecido que se hacia difícil pasarlo á pié; y mas, cuando eran tantos los niños y mujeres que allí iban. Pero el Señor quiso manifestar, una vez mas, al pueblo Hebreo su poder, y el amor y solicitud con que le miraba. Apénas los sacerdotes que conducian el Arca de la Alianza, y que iban á la cabeza del pueblo, hubieron puesto los pies en el agua, cuando ésta se abrió milagrosamente, dejando en su centro un camino seco, bastante amplio, para que

podiesen pasar cómodamente todos. Pero si en este hecho manifestó Dios su poder de una manera asombrosa; en el bautismo del Salvador patentizó la grandeza y sublimidad de su gloria, cuando rasgándose las nubes del cielo sobre aquella divina cabeza, apareció en el espacio la inmaculada paloma del amor, dejándose oír al mismo tiempo aquellas misteriosas palabras que decían; *Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas todas mis complacencias!*

A orillas de este célebre río pasó San Juan Bautista la mayor parte de su vida: no lejos de su ribera fué arrebatado Elías en un carro de fuego, despues de haberle pasado á pié enjuto, seguido de Eliseo su discípulo; hecho que verificó el profeta con solo extender su capa sobre las aguas; á cuyo contacto se dividieron inmediatamente, quedando contenidas en su curso.

Otras mil celebridades podrian citarse de este hermoso río, que naciendo en las montañas del Líbano, recorre gran parte de la Turquía; empero me limitaré á las ya citadas para volver al Salvador.

Una deliciosa tarde, salió de Cesárea de Filipo; y tomando una callejuela bardeada de cedrales y frondosas higueras, se encontró al oscurecer en una aterciopelada llanura. Al amanecer del siguiente dia, la llanura se hallaba poblada de gente; y Jesus, que no desperdiciaba un solo momento en bien de la humanidad, paso el resto del dia, ocupado en instruir á todos los que allí le habian seguido. Repitió las Parábolas que ya conoce-

mos; y algunas otras que citaré mas adelante. Hacia la noche, cuando la luz del dia se alejaba espantada; ante esos mil rumores que preceden á la oscuridad, Jesus, llamando á Pedro, Juan y Santiago, para que le acompañaran, se alejó de allí y se dirigió al monte Tabor. Subió á su cima, y separándose algunos pasos de sus tres Apóstoles, se arrodilló sobre la yerba, y comenzó á orar. Pero aquellas oraciones del Salvador, no eran por tiempo limitado y corto: su alma contemplativa y divina se arrebatava en sublimes éxtasis; los que duraban por lo regular noches enteras.

Los Apóstoles estaban muy pendientes de su divino Maestro; pero poco á poco sus párpados se fueron haciendo pesados; el sueño se enseñoreó de ellos, y concluyeron por dormirse. Cuando esto sucedia, era mas de la media noche.

Jesus continuaba en su oracion, sin que el mas leve ruido viniese á turbarla: mas derrepente, su hermoso rostro, que se habia levantado hacia el cielo, fué rodeándose de una suave luz, que adquirió á poco la brillantez del sol. Aquella luz fué creciendo en torno de su divina persona, hasta envolverle en un efluvio deslumbrador, cuyos rayos perpendiculares cayendo sobre El, remedaban los colores del iris, el verde abrigantado de la esmeralda y el encendido rojo del rubí; y entre aquel mosaico de luz y colores que le circundaba, su vestido, sencillo y humilde, aparecia tan blanco como el armiño, tan suave, sutil y vaporoso, como la misma luz que le envolvia. Casi al

mismo tiempo de esta metamórfosis, obrada en su divina persona, se vieron descender en una nube á Elías y Moisés; este último llevaba las tablas de la Ley. Colocáronse á los lados de Jesus, y entónces el Salvador les manifestó los tormentos que le esperaban en los días amargos de su muerte, y cómo era preciso, que ésta tuviera su cumplimiento. Todo esto era divinizado aun mas por una armonía vaga, indefinida, que se levantaba en torno del monte.

No era posible que entre tanta gloria, los Apóstoles permaneciesen dormidos. Así fué que despertando, y viendo á su querido Maestro transfigurado de aquella manera, se sintieron tan conmovidos y tan asombrados, que no osaban pronunciar una palabra, contentándose con besar el sitio donde se hallaban.

Pedro, sin embargo, vuelto un poco de su emoción, se atrevió á decir al Señor, aunque con algun temor:

—Maestro, la gloria que os rodea no debe terminar; y para que esto suceda, edificaremos en este sitio tres tabernáculos: uno para Vos, otro para el profeta Elías y otro para vuestro siervo Moisés.

Esta propuesta de Pedro no fué contestada, porque aun no acababa de formularla, cuando una nube plateada y brillante envolvió aquella escena de gloria, haciéndola desaparecer por completo, mientras una voz que parecía salir del cielo, repetía aquellas misteriosas palabras que ya conocemos: *Este es el Hijo amado en quien he puesto todas mis complacencias.*

Los Apóstoles, oyendo esta voz y llevados de un respeto profundo, se inclinaron hasta tocar el polvo con la frente; y así permanecieron largo rato, hasta que Jesus acercándose á ellos, y tocándoles con la mano, les dijo:

—Nada temais; levantad el rostro de la tierra, porque es vuestro Maestro quien os habla.

Los Apóstoles se levantaron, y hallaron que el monte habia vuelto á quedar solo y oscuro como ántes.

Al bajarse del monte, Jesus les recomendó guardasen silencio sobre lo que habian visto y oído aquella noche.

Pocos dias despues, salió Jesucristo de Cesárea con sus Apóstoles, para volver á Cafarnaun.

Al llegar á esta ciudad, Simon Pedro, que iba delante, fué detenido por algunos hombres, que estaban á la puerta de la ciudad, encargados del cobro de los tributos.

Grande fué su aflicción por no tener una moneda del valor de cuatro reales, y que entónces se conocia con el nombre de "dridacma."

Pedro hubiera querido no mortificar á su divino Maestro manifestándole el cobro del tributo; y más cuando sabia bien que no tenia dinero; pero le era preciso pagar, porque de otra manera no podian entrar á la ciudad, y él no tenia con qué hacerlo.

Resolvióse, pues, en esta vez, como lo habia hecho en otras, ocurrir á Jesus. Así como los hijos acuden en sus grandes necesidades á sus padres, para que los auxilién y los saquen de ellas,

Simon Pedro se dirigió al Señor, para ver que disponia, Creía Pedro, y con muy justa razon, que su Maestro no estaba obligado á pagar el tributo, y así era efectivamente; porque los hijos de los reyes estaban exentos de ese pago. Y Jesucristo no solo era descendiente de cien reyes, por la rama de David, rey de la tierra, sino que era Hijo de Dios vivo, Rey de los cielos, como lo dijo El mismo á Simon Pedro, cuando éste le hubo manifestado la necesidad de pagar el tributo.

Pero Jesucristo habia dado siempre ejemplo de obediencia á las leyes; y no quiso desmentirlo en esta acasion: acercándose pues, á Simon Pedro, le dijo:

—Echa tu red al mar: un pescado entrará en ella; ábrelo y dentro de él encontrarás un starter: (moneda que valia ocho reales) llévale á los cobradores del tributo, por mí y por tí.

Ejecutó Pedro lo que su Maestro le acababa de ordenar; y quedó asombrado al ver que todo habia sucedido, segun Jesus habia dicho.

Despues que Pedro pagó el tributo, él y los demas Apóstoles entraron en una acalorada discusion, sobre quien de ellos seria el mas grande en el reino de los cielos.

Cuando se llegaron á Jesucristo, le encontraron rodeado de niños.

Los Apóstoles trataron de retirarlos creyendo que quizá le molestaban; pero el Señor que leía el fondo de su corazon, y que sabia bien la disputa que habian traído en el camino, les dijo: «Dejad que los niños se acerquen á mí: to-

«Unad ejemplo de ellos que son sencillos como las palomas. En verdad os digo, que el que quiera ser mas grande en mi reino, debe ser aquí en la tierra el último; debe ser como los pequeñitos, en los que no hallan albergue ni el orgullo, ni la vanidad, ni la soberbia! ¡Dichosos los que abriguen un corazon de niño! ¡los que empleándose en el amor de sus semejantes, miren el ódio y el rencor como ponzoñosas víboras que habrán de quitarles la vida, esto es el reino de los cielos!

«Quien reciba á un niño con agrado, me recibe á mí:

«Quien ejerza con ellos la caridad; hallará caridad en mi reino; porque mi reino es para los niños, y para los que como ellos tengan un corazon puro y sencillo.»

SUPLICA

¡Oh Dios! todo dulzura, bondad y misericordia, que te dignaste darnos por modelo la inocencia de los niños; asegurándonos de esa manera la herencia del reino de los cielos. Yo te suplico arranques de mi corazon la soberbia, vanidad, orgullo y ambicion, para que libre de esas pasiones, pueda presentarme á tu Magestad con un corazon de niño, en la terrible y amarga hora de mi muerte. Así sea.

CANTO XXVII

Parábola de la oveja perdida.

Pastaban en verde campo
 Cien ovejas muy hermosas;
 Una de ellas se extravió
 Entre las vecinas rocas.
 El pastor la hecha de menos,
 Y, como las ama a todas,
 Con sus gritos lastimeros
 Todo el cortorno alborota.
 Deja las noventa y nueve,
 Sin mirar que quedan solas,
 Y en busca de la extraviada
 Pasa larguissimas horas.
 Al fin la encuentra, y la trae
 Al rebaño donde mora;
 Y haciéndole mil caricias
 Alegre cántico entona.
 En la oveja descarriada,
 Que el pastor lamenta y llora,
 Se ve al pecador que errado
 La ley de Dios abandona.

CANTO XXVIII

Parábola del deudor.

A sus deudores un día,
 Un rey á cuentas llamó;
 Pero el que mas le debía
 Fué el primero que llegó.
 —Diez mil talentos me debes,
 Le dijo al siervo el señor;
 Si hoy mismo no me los pagas
 Juzgaré como acreedor.
 A tu familia y á tí
 En subasta venderé
 Para rezarcir la deuda
 Con que tanto te esperé.
 Atemorizado el siervo
 Llorando dice á sus piés:
 —Si me esperais aun un poco,
 Cuanto os debo os pagaré.
 Accedió el rey; mas el siervo
 Encontrando á otro deudor
 —Si no pagas, le decia,
 A la cárcel irás hoy.
 —Dadme un plazo, le replica,
 Cuanto debo pagaré;
 Mas el siervo inexorable

Le da golpes con el pié.
 Y mandándolo á la cárcel
 Ordena que allí se esté,
 Hasta que los cien denarios
 Que le debe allí le dé.
 Contristados otros siervos,
 Aviso dan á su rey,
 Quien airado le sentencia
 A sufrir su propia ley.
 —Mal siervo, le dice, á ti
 Te ha esperado tu acreedor,
 Tambien esperar debiste
 A quien era tu deudor.
 De la cárcel no saldrás
 Hasta que hayas de pagar,
 Pues no merece perdon
 Quien no sabe perdonar.

En esta vez manifiesta
 A Simon Pedro, el Señor,
 Que perdone tantas veces
 Cuantas llegue el pecador.



CANTO XXIX.

EL HOMBRE QUE CAYO EN PODER
DE LOS LADRONES.

(PARABOLA)

Un hombre a Jericó se dirigia,
 Mas unos salteadores le robaron,
 Herido en el camino le dejaron
 Y bañado en su sangre le halló el día.

Le miró un sacerdote, y su camino
 Siguió adelante sin hacerle caso;
 Le vió un levita, mas se fué de paso
 A donde le llamaba su destino.

A poco se acercó un Samaritano,
 Quien viéndole golpeado y sin aliento,
 Se acercó al infeliz con gran contento
 Y á un meson le condujo de la mano.

Cura á este hombre le dice al mesonero;
 Quiero torne á su casa salvo y sano:
 Así como le he traído de la mano
 Pagaré tu trabajo con dinero.

*Es buen prójimo el hombre que en la vida
 Se compadece del que sufre y llora.
 Y auxiliando á los pobres, no atesora,
 Y de hacer mal, á los demas, se cuida.*

CANTO XXX.

El rico ensancha sus paneras.

(PARABOLA)

Cosechas abundantes un rico recojia
Y al ver que en sus paneras no cabe el fruto ya,
Las manda echar por tierra y haciéndolas mas
Los frutos abundantes allí guardando va. [grandes,

Y lleno de alboroso se dice, al verlas llenas,
Ya puedes, alma mía, ya puedes descansar;
Mis frutos son inmensos, aunque haya seca y ham-
Por años numerosos el pan me ha de sobrar. [bre

Así el avaro, dice: atesorando vive,
Sin ver que cual relámpago su vida ha de pasar;
Que nada ha de llevarse, que al fin de la jornada,
De nada los tesoros á su alma servirán.

*Mejor le fuera al rico no haber nacido nunca,
Que sin las bellas flores de santa caridad,
Bajar hasta el asilo de la olvidada tumba,
Llegar á los umbrales de oscura eternidad.*

CANTO XXXI.

PARABOLA DE LOS CONVIDADOS A LA CENA.

Cierto hombre rico preparó una cena,
Convidó á sus amigos;
Y llegada la noche, mandó á un criado
A llevarles consigo.

He comprado una granja y voy á verla;
El primero le dijo,
Dí á tu amo que me escuse si el convite
Aceptar no he podido.

Cinco yuntas de bueyes he comprado
Probarlas necesito;
Dijo el segundo; escúsame con tu amo
Por hoy, te lo suplico.

He tomado mujer, dijo el tercere,
Con semblante lascivo:
Que no me espere le dirás á tu amo,
No acepto su cumplido.

Las respuestas á su amo llevó el criado,
Y entónces resentido